

violencia irreflexiva de su estilo. El sordo rumor de reprobacion debió crecer tanto que obligó á Lutero, difícil de rendirse por las observaciones ajenas, á explicar sus escritos. En el presentimiento que tenia de próximas catástrofes importábale, urgíale ahogar la insurreccion. Tantas gentes arrastradas á la muerte por insensatas predicaciones apenaban aquel corazon abierto á todos los dolores humanos y dispuesto á dar la vida por sus compatriotas. La moderacion de lenguaje estimábala como complicidad con los jefes ciegos, cuando no criminales, de los desgraciados revolucionarios.

Mas Lutero no podia desconocer que, en las guerras civiles, quien no toma parte por uno de los combatientes, concluye recibiendo los golpes de todos. Echarse en medio de la pelea sin armas y sin bandera equivalia ciertamente á llamar sobre sí todos los tiros. La palabra humana, muy propia para impulsar las grandes revoluciones de la sociedad y del espíritu, es impropia para contenerlas. Habia, pues, una gran crueldad en asestar rayos tan fulminantes contra aquellos infelices que, víctimas de una larga tiranía, iban luego á convertirse en mártires de su inexperiencia en la política y de su exageracion en las ideas. Además, aquella teoría, encendida indudablemente en el fuego de su corazon y de sus pasiones antes que en la luz de su entendimiento y de sus ideas, aquella teoría, que disculpaba hasta la muerte inferida en silencio y á traicion, aquella teoría que disculpaba hasta el asesinato, iba encendiendo por todas partes cóleras, y cóleras terribles contra el Profeta, jefe á su vez de revoluciones no menos radicales y no menos azarosas. Muchas gentes creian que Lutero se indignaba contra Munzer, por lo mismo que Reuchlin se habia indignado años antes, contra Lutero, porque le quitaba la atencion de Alemania. Lo cierto es que, en el ánimo de Lutero batallan gigantescas luchas, ante las cuales parecen tristes comedias las trágicas y espantosas catástrofes de la naturaleza. En las altas esferas de la inteligencia luchan en él sangrientamente la idea mística con la idea racional. Su razon fria pertenece á la ciencia, esgrime la lógica, busca la verdad pura y real; pero su imaginacion, llena de intuiciones proféticas, su sensibilidad agitada por la emocion artística, su complexion nerviosa por la cual culebrean las chispas de la electricidad y los efluvios del magnetismo, sobreponen á sus ideas exactas, á sus argumentaciones dialécticas, á su genio de observacion pura y des-

interesada el éxtasis de aquellos para quienes el universo es como una especie de fantasmagoría increíble, á través de cuyos velos hay que buscar el bien supremo y la verdad absoluta por medio del aniquilamiento personal en brazos de la muerte. Pues así como Lutero entabla un combate titánico entre su pensamiento racional y su pensamiento místico en las altas esferas de la inteligencia, entabla otra lucha, no menos gigante y no menos porfiada, entre su ministerio religioso y su ministerio político, lucha tan cruel para su cuerpo como para su alma. Aunque en el fondo de su conciencia late igual horror á la autoridad representada por las coronas de los reyes que á la autoridad representada por la corona de los Papas, su revolucion dirigida contra estos principalmente ¡ah! tiene que transigir con aquellos, si quiere prevalecer y durar. Monárquica desde su principio la idea luterana se agrava en este mal irremediable el día en que aparecen las sangrientas luchas entre los siervos y los nobles. Sin el Elector de Sajonia, sin el Marqués de Brandeburgo, sin el Landgrave de Hesse jamás pudiera organizar su guerra contra dos poderes de tanta monta como el Pontificado y el Imperio. La revolucion de los labriegos arrojóle con mayor fuerza todavía en brazos de los reyes. Así, da pena ver á un hombre que abre nuevos horizontes en la conciencia humana y que trasforma las sociedades modernas, arrojando el plomo derretido de una palabra incandescente y furiosa en las heridas de una raza sierva. De todos modos esta tremenda tragedia de los labriegos germanos sirvió para que Lutero se ocupase mas en la organizacion y menos en la propaganda de sus revolucionarias ideas. Quien combatiera con tanto furor la autoridad antigua, tuvo que sustituirla con una nueva autoridad, porque en la historia, como en la naturaleza, no desaparecen los viejos organismos hasta que no son reemplazados por otros mas jóvenes que realizan la obra magna del universal metamorfoseos, la cual todo lo trasforma y lo renueva de continuo. Y al mismo tiempo que comienza la organizacion de la nueva idea, comienza con ella el mal anejo á todas las revoluciones, el mal de la reaccion. La guerra cruenta y la doctrina exagerada de los labriegos sirvieron para lo que sirven siempre todas las exageraciones revolucionarias, para moderar el temperamento de los mantenedores de la nueva idea y para producir una reaccion inmediata. Lutero, aun se templó mas que antes; los príncipes, sus sectarios, se apresura-

ron á organizar con una fuerte autoridad sus respectivas Iglesias y á tomar en ellas un alto predominio; los príncipes vacilantes corrieron al catolicismo; los príncipes católicos se ligaron mas todavía en torno del Papa; cumpliéronse pues en esta suprema crisis las leyes de la revolucion y de la reaccion universal.

CAPÍTULO VIII

MARTIN LUTERO Y CATALINA DE BORA

Encontrábase Lutero con el corazon traspasado á consecuencia del disenti-
miento entre su doctrina religiosa y el pueblo aleman. Acostumbrado á con-
tar en sus combates con el voto público y á ver henchidas sus esperanzas por
el aura popular, entristecíase á las maldiciones de los humildes como no se
entristeciera jamás á las amenazas de los poderosos. Los hombres, á quie-
nes habia devuelto la tranquila posesion de su conciencia y á quienes ha-
bia anunciado el santísimo advenimiento de su derecho, volvíanse contra
él en la embriaguez de un combate titánico y sacaban de sus propias doctrinas
consecuencias increíbles que á un mismo tiempo le dolian por su persona y
le aterraban por su patria. En esta situacion, verdaderamente angustiosa,
nada tan natural como volver los ojos á la paz del hogar, al regazo del amor,
á los goces tranquilos de la familia, mayores mil veces que para el resto de
los mortales, para los hombres á quienes ha agitado y conmovido la tragedia
del combate continuo por las ideas religiosas ó por los intereses políticos.
Cuántas veces, al recibir en las polémicas uno de esos golpes que suelen que-
brantar á las naturalezas mas fuertes y al experimentar una de esas heridas
del alma mucho mas dolorosas que las heridas del cuerpo, en las tempestades
abrasadoras de una sociedad entregada fatalmente á la revolucion, en los es-
tremecimientos de los partidos presa de un delirio, bajo el peso de las injusti-
cias de cada dia, entre las alternativas de la ciega fortuna y los cambios de la
movible opinion, Lutero volveria los ojos con tristeza y envidia hácia los ho-